

LEO que hay 14.000 familias en riesgo de pobreza en Málaga. Me pregunto cuántas habrá en Marbella y también por qué se habla de «riesgo de pobreza». Mucho me temo que ese riesgo amenaza no sólo a las 14.000 familias sino a todas las familias. Si me aplicasen, por ejemplo, una de las multas que prevé la Ley 10/2010 –Dios me libre– nos quedaríamos en la calle por lo que también, técnicamente hablando, la mía comparte el riesgo. Pero entiendo que lo que se quiere decir, y se utiliza una terminología que se estima políticamente correcta, es, lisa y llanamente, que son pobres. Ser pobre no es malo desde el punto de vista de la consideración social. Desde el cuadro de la satisfacción de las necesidades es fatal. La religión la ensalza.

No quiero faltarle el respeto a nadie ni festinar la cuestión que es muy grave sino simplemente, manifestar que, socialmente insistido, lo mal visto es la riqueza, el antónimo del tema sobre lo que estoy hablando. No sólo produce, como era costumbre, la natural y



consabida envidia. No, ahora es penalmente perseguible, por lo menos por indicios. Aparece en la prensa que Hacienda y Guardia Civil concluyen que el millonario patrimonio de un ex Vicepresidente es fruto de la corrupción porque ninguna de sus empresas tiene actividad. Curiosa conclusión que parece ignorar las sociedades llamadas patrimoniales y lo que antes se aludía como ricos de cuna. Es verdad que con los tipos impositivos del Impuesto sobre Sucesiones y Donaciones, no hay fortuna que resista dos fallecimientos consecutivos. Por eso, la tercera generación, está demostrando estadísticamente, no es ni la

sombra de la primera.

Lo grave de la pobreza no es tener poco dinero, bienes o capitales ni poder disponer de los servicios básicos. Hoy, el estado del bienestar, del cual tanto nos ufamamos y a pesar de los recortes impuestos, sigue atendiendo las necesidades más elementales, salud, educación, justicia. Lo auténticamente pavoroso es la incapacidad de producir lo necesario para la vida ya sea a través, del trabajo, el factor que todos, o casi todos, podemos ofrecer, de la industria o de algún arte. Esa carencia que, en la mayoría de los casos tiene una causa derivada de la mala organización de la sociedad es lo que genera la po-

breza absoluta que desemboca en el delito, la prostitución o en la mendicidad de acuerdo con la personalidad del que la sufre. Hace poco he tenido el privilegio de ver una película que se titula ‘Techo y comida’ que me conmovió casi hasta las lágrimas, que acarreo un merecidísimo premio a su protagonista y que me aportó una visión nueva, nada asparentosa pero sí muy acertada de lo que puede estar sufriendo una buena parte de la población. Y no sólo en Jerez.

Es cierto que las necesidades básicas del ser humano se han incrementado exponencialmente. Y que a las básicas y tradicionales, pan, techo y abrigo, se han sumado otra pléyade entre las que el coche, la televisión y el teléfono móvil no pueden faltar. Todo es relativo y no hay nada de malo en aspirar legítimamente a la buena vida porque las cosas están para disfrutarlas pero tampoco daña el tener un poco de paciencia, no dar nada por supuesto, no pretender poseerlo todo de modo inmediato ni olvidar que al mundo vinimos desnudos y lo que hoy nos acom-

paña es fruto de nuestro esfuerzo y el de las generaciones que nos han precedido. Estas ideas podrían ser trasmitidas a nuestros hijos porque cuando nacieron ya la situación general era buena y, por ello, tienden a imaginarse que siempre ha sido así. Los que estamos aquí desde hace un tiempo hemos visto miseria –parece que ahora definitivamente erradicada en los llamados países del primer mundo– con niños descalzos –piecitos de niño, azulosos de frío ¿cómo os ven y no os cubren, Dios mío?, escribía mi paisana– andrajos, campamentos por doquier. Estas imágenes han quedado en las fotografías y en el cine, por suerte y por nuestro quehacer.

Moviéndonos como nos movemos en el relativismo y la comparación para efectuar cualquier análisis y para llegar a una conclusión, lo peor que sufrimos hoy es la terrible desigualdad entre los llamados pobres y ricos que no hemos logrado eliminar. Una grave injusticia pero que no se soluciona, en contra de lo que creen algunos, igualando por abajo.

Hay otros medios. Seguro.